

El misterio de la adopción

Por Jorge Traslosheros

Todos somos hijos adoptivos. Estoy cierto que esta afirmación es de las cosas más sensatas que puedan decirse sobre nuestra condición humana. Sin embargo, también estoy consciente de que para algunos pueda resultar escandalosa, incluso ofensiva. No faltará quien, enarbolando en una mano su florido árbol genealógico y en la otra los adelantos de la genética, rechace mi aserto. No obstante, digo que nuestra filiación sólo puede realizarse por la vía de la adopción. Pensemos en el clásico ejemplo que solían poner nuestras abuelas que, no por choteado resulta menos verdadero. Un hombre embaraza a su compañera, novia, esposa o conocida y en gesto propio de macho la abandona. Por su parte la mujer, con generosidad, decide respetar la vida de la criatura y entregarla en adopción. Siendo el primero un cobarde de la peor calaña y la segunda una mujer valiente y generosa, ninguno de los dos se asume como padre o madre. Al tiempo, no importa cuánto tiempo, una pareja común y corriente arroja en su seno a esta pequeña persona y le nombra “hijo”, reconociendo en esta palabra el amor, auxilio, defensa, solidaridad, responsabilidad e incluso los compromisos legales que implica el ejercicio de la paternidad. “¿Quiénes son los padres?”, preguntaría la abuela, y la respuesta sería obvia: “padres no son los que engendran, sino los que asumen a otro ser humano, sin más, como su hijo”.

La adopción no es un acto de condescendencia, tampoco de estoica rectitud moral y está en el polo opuesto de la conmiseración y la lástima. La adopción es un acto de acogida por el que se asume plenamente a otra persona, esa otra que siempre e irremediabilmente es distinta en todo y por todo a mi persona. Es un acto de amor en su más profundo significado: como *eros* y *ágape*, como pasión y deseo, como entrega sin regateos, ni alegatos, ni concesiones, con total disposición al otro. Bien decían nuestras abuelas que ser hijos y ser padres nada tenía que ver con la sangre y, por el contrario, tenía todo que ver con nuestra capacidad de amar, de optar y asumir, de adoptar.

Cuando dejamos los prejuicios sanguíneos y genéticos de lado, es fácil darnos cuenta de nuestra condición de adoptivos. Nadie puede alcanzar la calidad de hijo a menos que sea abrazado como tal por quienes llama padre y madre. Un acto que puede realizarse durante la gestación, al momento del nacimiento o, bien, días, meses incluso años después. Ahora bien, toda adopción implica un encuentro entre dos seres humanos que se acogen mutuamente, un ir y venir de amores y voluntades que se actualiza en todo momento a lo largo de la vida. Adoptamos y somos adoptados de una vez y para siempre y cada día actualizamos nuestro encuentro. Si afinamos la mirada podemos apreciar que, en el acto de adopción, el

mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo se hace carne, se encarna. No debe sorprendernos, entonces, que este hecho tan sencillo tenga la fuerza para transformar de raíz la forma en que vemos a nuestro prójimo, de cambiar el modo en que nos relacionamos con los otros y con nosotros mismos, para romper nuestro narcisismo y convertirnos a los demás. Estamos ante una realidad tan profundamente humana, tan definitivamente humana que abre nuestro entendimiento, razón y corazón a “algo” más grande, que hace que nos demos cuenta de que no nos bastamos a nosotros mismos, que la pretendida autosuficiencia es una quimera y que existe algo más allá de este cuerpo que habito y esta tierra que piso. Así, cuando finalmente nos damos cuenta de que el perenne proceso de adopción nos humaniza, entonces el horizonte de nuestra razón, nuestro dormido corazón de piedra, se hace de carne y se abre al misterio siempre mayor que es Dios.

Los monjes medievales, grandes maestros de la humanidad, partían de un principio muy sencillo: buscar a Dios y dejarse encontrar por él. La experiencia de los grandes místicos como san Francisco, santa Teresa de Ávila, santa Edith Stein o la beata de Calcuta nos habla de lo mismo. La *Biblia*, a su vez, nos revela que en este buscar y dejarse encontrar se despliega una relación de amor entre el Creador y los seres humanos, una historia marcada por constantes adopciones. Abram es invitado por Dios, deja todo y le sigue. En el acto le cambia el nombre por el de “Abraham” y con ello lo renueva como persona, y en él Dios adopta a un pueblo. El celo y el amor de Dios son de tal naturaleza que, en el monte Herob, al hablarle desde la zarza ardiente a un atolondrado Moisés, deja claro que ha decidido bajar a la Tierra porque ha escuchado el clamor de su pueblo y desea acudir en su auxilio para liberarlo y conducirlo a un país grande y fértil. Dios no se manifiesta impersonal o lejano ante Moisés, sino como aquel que llama a cada quien por su nombre, que se compromete con cada persona de forma tan radical que es el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.

En el buscar a Dios y dejarse encontrar por él, Dios siempre toma la iniciativa y lo hace cada vez con más profundidad hasta el momento mismo de la encarnación. Dios nos sorprende. Ahora es él quien le solicita a una simple mujer del pueblo que lo adopte como su hijo para poder ser un hombre entre los hombres. El omnipotente pide de María un acto de amor voluntario y libre, un acto de la misma calidad que aquel por el cual él había escogido a Israel como su pueblo más de mil años antes. La Virgen, que es simple creatura, adopta al Creador. Entonces, el prometido de María, un carpintero de Nazaret, probará el veneno del prejuicio de la sangre, la mordida de la duda hasta abandonarse al misterio, ofrendar su amor a la Mujer y transformarse en el padre de Jesús. La adopción abre el camino de la historia humana y de la salvación hasta la plenitud de los tiempos. Jesús de Nazaret es el primero entre los adoptados y es el camino, la verdad y la vida. Y cuando la vida misma sea sometida a cruel tortura, condenada a la pena de muerte y elevada

en el árbol de la cruz, el pobre de Nazaret entregará a Juan como hijo por adopción a María, y a María como madre adoptiva a Juan. No sólo nuestra filiación con Dios es por adopción, también lo es con María.

Debo confesar que durante muchos años mi entendimiento permaneció en tinieblas ante el misterio de la asunción de María, uno de los mayores que pueda haber en esta historia de amor entre Dios y la Virgen, hasta que por mi propia experiencia de adopción se fue haciendo la luz. Es ahora que puedo comprender que María de Nazaret, la también madre de Juan, al morir es asumida –y en este sentido elevada– por Dios en modo tal que en cuerpo y alma es conducida a la casa del Padre en presencia del Hijo. En su relación con María, Dios nos revela la radicalidad de su compromiso con cada uno de nosotros. Dios, quien pidiera ser adoptado, asumido en toda su humanidad por la Virgen, ahora asume plenamente la humanidad de María, anunciando nuestro propio camino.

El camino que nos hace plenos como personas es también el que ha escogido Dios para revelarnos su amor, su pasión y entrega por nosotros. Mirando la realidad desde la adopción es posible comprender mejor nuestra condición humana y apreciar en forma renovada nuestra relación con Dios. Por eso he afirmado al principio de estas líneas que todos somos adoptivos y que nuestra filiación –con Dios y con los Hombres– se realiza en el misterio de la adopción.